

Gesualdo Bufalino Nocturno Londinense

1º de diciembre de 1887

¡Cuánta niebla! No es que a él le disgustara la niebla, dado que ésta le parecía una vestidura suplementaria, un abrigo de *loden* con el cual se defendía del espionaje de las miradas, una máscara tras la cual desaparecer impunemente... Así le había ocurrido desde la infancia, cuando en los juegos con coetáneos, en Pellicoat Lane, nada lo divertía tanto como salir repentinamente de una espesa oscuridad y colocarse a espaldas de una niña y llamarla por su nombre en voz muy baja, con voz falsificada. Ella se volvía de improviso, mostrando interrogante y asustada, llena de pecas, y enseguida salía corriendo hacia cualquier parte, remolineando sus gráciles piernas sobre las medias enrolladas.

Eran viejos tiempos. De ellos quedaba en la memoria una imagen de niebla. Como si aquellos años no hubieran sido solamente una larga caminata entre la niebla, con las mejillas sucias de hollín, entre paredes descascaradas, donde se empantanaba un hedor a orina y arenque, adonde sólo llegaba un rumor, más fuerte que cualquier juramento o jadeo de placer y de agonía: el silbido inconsolable de los remolcadores a lo largo del Támesis.

Apoyó con fuerza la frente contra el cristal de la ventana, queriendo ver algo. Blanco sobre blanco, y nada más. Pero al aguzar la vista, creyó distinguir malos hilos de hollín que flotaban en aquella blancura, y algo transparentándose, moviéndose por entre la urdimbre de la niebla, como sucede al estar en la montaña, asediada por la nublazón, y en el valle se vislumbra una franja de bosque agitado por el viento o la pulsación de un torrente. Él sabía que el Támesis pasaba bajo esa ventana; advertía su presencia de escabroso confidente y amigo, ofreciéndosele a la vez con la comodidad de una cuna de tiniebla, donde le gustaría hundirse de una vez por todas. Por un momento imaginó la escena. Bastaría con abrir los postigos, trepar sobre el alféizar, dejarse caer y remar blandamente con los brazos, a través del

cómodo y complaciente algodón del aire. Imaginó el *plaf* del cuerpo en el agua, el silencio y el hielo de paz.

Se distrajo y, atravesando el cuarto, se dirigió a la otra ventana, que daba a los *docks*. Ningún rastro de vida; la ciudad estaba muerta, no era sino un cadáver embalsamado entre vendas sucias. Ni siquiera podía oírse el estrépito familiar del empedrado bajo las ruedas; los carruajes estaban guardados en almacenes y cobertizos. Sólo aparecía de cuando en cuando la vagabunda luz de una tea, y luego se apagó del todo. Debía ser de un cochero, cansado de no hallar clientes que llevar por un chelín en el laberinto de encrucijadas. No parecía una ronda de esbirros...

Se secó la frente con el revés de la manga. Estaba sudando, a pesar de que el fuego languidecía en la estufa y empezaba a insinuarse una espina de frío. No lo alivió el trago de *gin* bebido de golpe y directamente de la botella. Sintió, en cambio, que sus miembros se debilitaban. Se sentó en la vieja poltrona, y se adormeció.

Una poltrona imponente como ésta, de brazos raídos por la continua frotación de los codos, acogía entonces a su padre en las siestas a mediados del verano. En todo Pellicoat Lane no había otras iguales ni que se parecieran tanto a un trono. Buena para su padre, que era de huesos grandes: un toro. Buena para su madre, que era una leona... Cuántos sábados, por la noche, desde su catre en el corredor, los había oído enfrentarse y mezclar sus cuerpos poderosos en un duelo sin perdón. Luego seguía un silencio de muerte, y sentía ganas de llorar, se dormía y despertaba llorando... Pero era hermoso, al día siguiente, salir a dar la vuelta por los barrios de los ricos, endomingados. Los tres en fila, como soldados, deteniéndose cada hora en un *pub* distinto, refocilándose; poniendo cuidado para no perderse de vista en la ríada de la multitud espumante por entre las casas; aturridos por la confusión de tumbillas, *cabs*, carretones y ómnibus

multicolores, con los pasajeros sentados en forma de abanico que se abre: los más bajos en la fila corta, que casi roza el empedrado; los más altos con la cabeza cerca de los balcones de los primeros pisos y parecen ir volando... Era bello observar en el río los barcos de vapor pasando bajo los arcos de los puentes, inclinando los tubos como si hicieran una reverencia, y el fragoroso pasar de un tren en lo alto. Mientras tanto, río abajo, escoltada por barcas, pontones y gabarras, una flota de barcos reales desfila en procesión hacia la desembocadura... También era bello, con presencia de ánimo, bajar a la galería subterránea que une las dos orillas; bajar paso a paso la escalera de caracol, adentrarse en las entrañas de hierro que corre bajo las aguas y desemboca al otro lado del río, al sol, al pie de la gran Torre... No había vuelto ahí desde aquel entonces, pero no dejaba de soñarlo mil veces; mil veces había vuelto a bajar en semejante pozo de negra podredumbre, con una linterna en la mano, por una escalera sin barandal, que se tuerce y retuerce en sí misma...

Hermosos domingos. Pero en el recuerdo hay uno que opaca los demás, que hormiguea y punza en el corazón: aquella mañana en que, llegando de carrera, abrió la puerta de la cocina y vio a su madre desnuda, terrible, levantándose de la tinaja, chorreante...

Se pasó la mano sobre los ojos, se puso de pie y empezó a mirar el cuarto. Era un cuarto pobre, pero limpio, después de todo. Si no fuera por la palangana semiprofesional escondida detrás del biombo y el penetrante aroma de cosméticos flotando en el aire, habría parecido un cuarto de

una jovencita: con aquel pájaro embalsamado al que le faltaba un ojo, pero con el que le quedaba veía a los visitantes desde su repisa; la muñeca en un rincón, entumida, con vestido verde, con muy poca estopa en la cabeza; los fondos virginales, las humildes ropas que atiborraban el perchero; el cestillo de costura...

Levantó los ojos: el quinqué, colgado del techo con un alambre de acero, oscilaba todavía, después de ser empujado durante la lucha, y dibujaba en la pared arabescos de luz y sombra cada vez más lentos. Lo detuvo totalmente con la mano, y el quinqué volvió a derramar una claridad afable sobre la mesa. No se había dado cuenta de que la cena estaba lista y lo esperaba ya en la mesa... Destapó la sopera y una doméstica fragancia de antigua felicidad lo invadió todo; un recuerdo de mediodías brillantes, de voces difuntas y gayas, de un parloteo irrevocable y lacerante, con la felicidad y la tristeza de cada minuto que pasa; un recuerdo de altas ventanas, abiertas a letreros y vitrinas y organillos y joviales banderas al viento, bajo un cielo misteriosamente celeste, visto a través del cristal de una vinatera alzada contra la luz...

Cediendo a la tentación, hundió en el *pudding* una cucharita de estaño, la llevó a los labios, y vomitó inmediatamente sobre el mantel...

Pero era necesario partir. En el fregadero se lavó los brazos y manos, después de lo cual limpió concienzudamente los bordes de las uñas, hasta que desapareció la última costrita roja. Luego Jack recogió el costal con carne descuartizada que estaba detrás de la puerta, la abrió lentamente y con suaves pasos salió hacia la noche. ◇

